

Pero fácilmente se comprende también que es necesario despertar las virtudes sociales para remediar la miseria del tiempo. Cuantos más sacrificios y limitaciones exigen estas virtudes, tanto menos posible es el espíritu de sociedad, sin el ejercicio de la humildad, la modestia, la fidelidad, la generosidad, la sinceridad, la obediencia, la caridad, la paz, la mansedumbre, el espíritu de sacrificio, la paciencia, la mortificación, la magnanimidad y la fortaleza; tanto más claro es que, para una vida social sana, se necesita una moralidad pública y privada sana, fuerte y vigorosa.

11. Extirpación de los vicios sociales y preparación del corazón para recibir mejores principios por la renovación de la vida doméstica.—Por su posición, gran parte de la humanidad tiene ya ocasión y deber de practicar esta moral social. Pero también aquellos que no gozan de una situación influyente, aun aquellos que sólo viven en su interior, pueden y deben cooperar á la renovación de la sociedad.

Sí, y precisamente éstos ante todo. La escuela propiamente dicha de las virtudes sociales es la familia. Su decadencia entra por mucho en la causa de nuestros vicios sociales,—de la molicie, de la pereza, de la insubordinación, del desprecio á la autoridad, del egoísmo, del miedo á los sacrificios, de la falta de piedad, de la aversión al dominio personal, á todo lo serio y á todo esfuerzo personal—; y es la causa de la quisquillosidad, de la inclinación al placer y á los goces materiales. Si hay que suprimir estos huéspedes dañinos, que dislocan la sociedad en todos sus miembros, y le envenenan toda su sangre, la curación debe empezar por la familia. De aquí que, ya desde este punto de vista, nunca insistiremos suficientemente en que es imposible la reforma de la sociedad sin la reforma de la familia. Nadie espere ver surgir para esta obra un reformador extraordinario. No hay necesidad de un Mesías para resolver la cuestión. Si cayese uno del cielo como un meteoro, y no encontrase propicia la tierra, no encendería el fuego

sagrado; pero la tierra sería consumida, porque la provisión de materias inflamables es demasiado considerable.

Hay que apartar estas materias del corazón y de la sociedad; sin esto, ninguna tentativa de reforma hallará terreno abordable y fértil. Dado lo que son los hombres, apenas si los espíritus son capaces de conocer lo que puede salvar al mundo. Pues con mayor razón son incapaces los corazones de llevarlo á la práctica. Todo el mundo sueña únicamente en una vida cómoda, en delicias paradisíacas, en el país de Jauja. Con semejante escala, se gradúa lo pasado; con semejante criterio se formulan todos los juicios sobre el orden social actual; según este ideal, se levantan castillos en el aire. Los espíritus se mueven casi exclusivamente en el mundo soñador de la novela. Aquí, liberales y socialistas aparecen de nuevo como hermanos gemelos. Nadie cuenta con el mundo real, nadie con el hombre real. Que hemos perdido el paraíso; que el mundo es un valle de lágrimas y siempre lo será; que el hombre lleva en sí la mayor parte de las causas de su malestar y las transmite al mundo; que la tierra vale más que el que la gobierna; que sería el asilo de una dicha mayor, si el hombre fuera más justo y moderado; que, por consiguiente, el mejoramiento de la situación social no depende de la formación de un Estado futuro, nebuloso, sino de personas dispuestas á hacer sacrificios, pacientes, morales; he aquí principios que la época no está dispuesta á apreciar debidamente. Si de otro modo fuese nuestra educación, nuestra vida pública, nuestra literatura, nuestra tentativa de reforma, tendrían un carácter muy distinto.

Todavía hay aquí grandes problemas que resolver, antes de poder pensar en la solución de la cuestión social; y problemas mirados con tal indiferencia, que mucho hay que temer de que jamás se logre una renovación efectiva en grande de la situación del mundo. Porque la historia nos enseña con toda claridad que jamás puede ordenarse una reforma de arriba abajo, ni imponerse de abajo arriba, ni jamás podrá ser realizada por algunos hombres pode-

rosos, si los espíritus en general no tienen conciencia de su falta y no la confiesan, y si no están dispuestos á todo sacrificio. Muy hermoso y loable es que la sociedad confiese su impotencia para socorrerse á sí misma, y que se dé cuenta de que necesita la infusión del espíritu de lo alto, si es que todavía puede ser socorrida. Pero para que este espíritu pueda obrar por modo eficaz, debe la sociedad, á ejemplo de los Apóstoles, entrar en sí misma y prepararle el camino con la oración y la meditación. Ó nos imponemos tiempos de oración y de serias penitencias, ó vendrá un día de expiación que será el preludeo del juicio final.

12. Restablecimiento de la familia.—Pero, como ya lo hemos dicho, la base de todo esto debe ser la familia. Si no se logra inculcar, por modo general, que la salvación de la sociedad consiste ante todo en la curación y santificación de la familia, inútil detenernos más en la solución de la cuestión social. Ahora bien, la familia debe realizar su misión salvadora de tres modos diferentes.

Desde luego, debe convertirse en un santuario, no en ese santuario fantástico con que sueña la poesía y con el cual no tropieza la prosa, sino un santuario verdaderamente sobrenatural, cristiano, religioso, santificado por la mano de Dios. Debe convertirse—repetimos—en aquel santuario, del que nuestros padres, fieles á las palabras de la Escritura santa, ⁽¹⁾ tenían costumbre de decir: «El matrimonio es una de las más elevadas de las siete cosas santas». ⁽²⁾ Mientras no reine esta convicción por modo general, será imposible una renovación de la familia.

Toda la vida doméstica debe mostrar el grado en que la familia se ha convertido en viviente y dominante. Si el matrimonio tiene verdadero valor como sacramento, ó, según la expresión de nuestros antepasados, como cosa santa, debe convertirse en escuela de piedad y de temor de Dios, de sacrificio y de culto divino, de purificación y

(1) Ephes., V, 32.

(2) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.* (4, 5), 139.

de perfeccionamiento, por consiguiente, de santidad. Si, en realidad, se ha concertado en el cielo, debe probar también que proviene del cielo y que conduce al cielo.

Quizás se asombre alguien de que aquí, en el dominio social, hablemos de estas cosas. Pero precisamente es este su lugar oportuno. No hablamos de ese cielo del matrimonio por el cual suspiran á los rayos de la luna las jóvenes que todavía van de corto y los muchachos que todavía están en la edad de las ilusiones, no de ese cielo con que las novelas equívocas excitan la sensualidad. No; hablamos del cielo, desde el cual Dios declara su ley y derrama su gracia, para transformar la familia, el hogar, la tierra y el mundo entero en su templo y en su reino. Este reino de Dios que debe renovar la tierra tiene una de sus bases principales en el matrimonio y en la familia. De aquí debe difundirse por la sociedad, porque, si no la penetra, se arruinará. Esta es la razón por la cual la casa y la familia tienen tanta importancia para la solución de la cuestión social. Si la fe y la fidelidad, la paz y la pureza, el amor y el sentimiento del sacrificio, así como el valor para la renovación personal, deben de nuevo dominar la tierra—y deben hacerlo, porque, sin ello, no es posible esperar mejoramiento alguno—todo esto debe partir de la familia.

Pero entonces la familia debe convertirse en un santuario doméstico consagrado á Dios, en un santuario que haga desde luego á sus miembros individuales capaces de realizar su destino verdadero y completo por medio del culto divino y de las virtudes domésticas practicadas según la voluntad de Dios; y después, para que se esfuercen en realizar su última empresa, es decir, para realizar el reino de Dios en la tierra, adhiriéndose de corazón á lo que constituye el foco y el centro de él aquí bajo, la Iglesia.

Si la familia se convirtiese en un santuario, muy pronto ofrecería también el segundo aspecto que le falta, lo mismo que á la sociedad entera: la vida interior. Esta falta es una llaga terrible que corroe toda la sociedad. Á

fuerza de tender constantemente á lo exterior, lo hemos perdido todo: la reflexión, el dominio personal, la moderación, la calma, la economía, el tiempo y nosotros mismos; en una palabra, todo el arte de la vida. Lo hacemos todo, pero únicamente lo exterior, lo aparente, lo superficial. Nada proviene del interior, ni nada penetra en lo interior; carecemos de provisiones; nada tenemos para gastar, porque nada ahorramos; nada almacenamos; vivimos al día. Con tal que las cosas marchen todavía hoy, queda satisfecha nuestra conducta moral y económica.

Difícil es decir si este sistema de nuestra vida de familia es el que la ha rebajado hasta el punto en que hoy se encuentra, ó si la disolución de la familia es la causa de esta miseria. Lo cierto es que la familia está en un estado lamentable, y que, ante todo, por ella debe empezar el mejoramiento. La familia es casi lo último que nos preocupa. Ante todo, nos ocupamos en la sociedad, no en esa sociedad de la cual es base la familia, sino en esas sociedades que son su ruina; viene luego la vida política, y en último extremo, la familia. El justo castigo que de ello resulta consiste en que no es la sociedad la que florece por medio de la familia, sino que, con la familia, se hunde cada vez más la sociedad, desde el punto de vista económico y moral. Difícil es concebir cómo nuestros historiadores de la civilización tienen valor para acusar á los antiguos griegos de haber descuidado la familia, por mala que fuese su situación bajo este concepto. No podía ser más triste de lo que lo es entre nosotros, desde muchos puntos de vista. Y aun aquí, prescindimos por completo de las más horribles execraciones que la América del Norte, en particular, ha producido, tales como los sistemas del «matrimonio libre», del «amor libre», de la «pantogamia», de la «libertad de las inclinaciones», de las «sociedades anticonyugales», de los «falansterios de amor libre». ⁽¹⁾ Pero también allí donde la familia existe, por lo menos de nombre, con frecuencia no es otra cosa la casa

(1) Jannet, *Les États-Unis*, 204 y sig., 371.

que una cabaña de refugio contra la noche y el mal tiempo, ó un sitio público de bailes y placeres desenfrenados. El *boarding house* americano, en el cual 10, 12, 15 familias viven juntas ⁽¹⁾ en salones, comedores, habitaciones de recreo comunes, es de ello la expresión más exacta.

De aquí que deba ser nuestro santo y seña: «¡Atrás la exterioridad!» Entremos en el interior, en la casa; aprendamos la manera de vivir de nuestros padres. Tenían ellos costumbre de decir con su delicioso buen humor: «La mejor vida es la del caracol». ⁽²⁾ Y tenían razón. Con nuestra vida de ratón, metiéndonos en todo lo que no nos importa; con nuestra vida de ranas, en el graznido de los clubs, de los hoteles, de los sitios de placer; con nuestra vida de aves de paso en los ferrocarriles, y nuestra vida de gorriones á través de las calles, no sabemos á dónde vamos. Los antiguos hicieron progresar sus modestas casas en silencio y con lentitud, pero con constancia inquebrantable, y llegaron á ser algo. Sí, la vida de caracol, es la mejor. Cuando uno ha empezado á amar su modesta casa, surge la prosperidad sin saber cómo. Para ello, no hay necesidad de instrucción extraordinaria, ni de portentosa ciencia; una vida sólida, moderada, va más lejos. Nuestros padres, no hacían mucho ruido, pero tenían algo en sus baules y en sus armarios, porque vivían según el proverbio de que son necesarios cuatro denarios para hacer marchar la casa: uno en reserva, otro para vivir, otro para la dignidad, y el cuarto para la defensa. ⁽³⁾ Con estas pequeñas máximas, establecieron un sistema económico como no se encuentra hoy en los más abultados libros. No creemos, pues, que la cuestión social sea tan difícil de resolver. Si Dios ha dado leyes sociales á los hombres, si ha creado á los hombres para la situación social, debe haber dispuesto las cosas de tal suerte que puedan fundar una sociedad organizada por modo humano y tolerable, sin que se vea uno obligado á

(1) Jannet, *Ibid.*, 216.

(2) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (G. W. 1819, XX, I, 87).

(3) *Ibid.*, XX, I, 123.

vivir en continuas perplejidades bajo este concepto. Lo repetimos una vez más; trátase aquí de la vida y ésta debe aprenderse en la familia. Sólo si llegamos á vivir en su seno como es debido, podremos vivir en sociedad y para la sociedad.

Pero lo que nos hace tan amarga esta vida de familia, es nuestra aversión por la limitación personal, la obediencia y el espíritu de comunidad. Las dificultades que proceden de este lado muestran cuán necesaria es una vida de familia, en primer lugar, para el restablecimiento de la sociedad. Como ya lo hemos dicho, la enfermedad de la situación social es el egoísmo. De él provienen la carencia del orden, de la disciplina, de la sumisión, la destrucción de la solidaridad, el hastío por todo lo que nos impone sacrificios, abnegaciones, límites á nuestros caprichos y á nuestros esfuerzos para dilatar nuestro poder y nuestra posesión. Y cierto es que, más tarde, bajo el peso de la vida, con el contacto de los extranjeros, no se aprende fácilmente á triunfar de estos defectos. Sólo con una disciplina severa impuesta á la juventud, con el sacrificio y la renuncia personal, que el respeto de la familia imponen en la edad madura, pueden ser vencidos estos peligros. ¡Ah, si tuviésemos el verdadero espíritu de familia, cederían muy pronto el paso á una vida más sana, ese espíritu de terquedad, de egoísmo, de molicie, así como ese temor á vencerse uno mismo, de que está actualmente lleno el mundo!

13. Cambio del sistema de instrucción y del de educación; pedagogía social.—Para conseguirlo, preciso es una reforma en toda clase de educación, aun en la del espíritu. Ya lo hemos puesto de relieve otras veces; ⁽¹⁾ pero, bajo la impresión de las investigaciones que acabamos de hacer, debemos insistir más y repetir que las grandes llagas sociales de nuestra época tienen especialmente su causa en la instrucción equivocada que se da á la inteligencia, y en la negligencia con que se cultiva la voluntad, el

(1) Vol. VI, conf. XIV, 17.

carácter y el corazón de la juventud. Si podemos esperar que llegue un día en que se opere un cambio completo bajo este concepto, no renunciamos á la esperanza de ver lucir mejores días. Pero si la generación que crece no se habitúa más á dominarse y vencerse, y á poner la solidez del carácter, el sacrificio y el cumplimiento fiel del deber por encima de la ciencia superficial y de la indisciplina presuntuosa, preciso será dar la razón á los que consideran como una quimera la posibilidad de una salvación.

Además, pertenece todavía á la educación otro segundo punto, si se quiere formar una generación útil á la sociedad. Hay algo de verdad en la frase de «que la educación debe esforzarse en formar ciudadanos». Sólo que no se deben interpretar estas palabras en el sentido en que las entiende el extremado liberalismo. Éste quiso decir con ellas que era preciso abstenerse de todo objetivo religioso y sobrenatural, y limitarse á educar á los hijos de modo que fuesen útiles para su empresa terrestre.

Esto es lo que se ha esforzado en hacer con todas sus fuerzas, y la consecuencia de ello fué que se formó una generación que en manera alguna se preocupaba de Dios, pero sí mucho de hacer fortuna en la tierra, ó, como vulgarmente se dice, en explotar bien al prójimo.

Los que así piensan, no son buenos ciudadanos, sino al contrario, destructores de la sociedad. Si se quiere formar ciudadanos, hombres útiles á la sociedad, hay que educar á los niños con esta tendencia ya desde el principio. Pero no debe imitarse al liberalismo, el cual educa para hacer á los hombres semidioses independientes y monadas aisladas, sino que, desde el principio, hay que trabajar contra el individualismo y el egoísmo, convirtiendo la pedagogía en pedagogía social. Pero esto sólo se consigue cuando se los educa por modo tal, que sólo piensen en ser miembros del gran todo, y en realizar cuantos sacrificios sean necesarios en beneficio de la sociedad y de cada uno de sus miembros.

Verdad es que se nos dirá que no pertenece á la escuela

enseñar la sociología, ni educar á los niños con miras á la ciudadanía. Somos de la misma opinión. Sería demasiado temprano, y resultaría inútil. Pero lo que nunca es demasiado temprano, y lo que los niños deben comprender muy pronto, es la idea del reino de Dios. Fácilmente y con alegría aprenderán á cumplir ⁽¹⁾ los deberes que se encierran en ella. Con ello, no sólo habrán aprendido á conocer y practicar la forma más elevada del deber social, sino que también habrán pasado por la mejor escuela preparatoria, por la actividad social en la vida terrestre.

Así, pues, de esto se deduce cuán errónea es la opinión de los que creen que la educación de un ciudadano debe excluir la influencia religiosa; al contrario, sólo es posible una fructuosa pedagogía social, si la educación de los hombres y de los ciudadanos va ante todo encaminada á constituirlos en ciudadanos del reino de Dios y en fieles cumplidores de los grandes deberes que, por ello, les incumben.

Y aquí nos permitimos dirigir las más amargas censuras á todos aquellos entre cuyas manos se encuentra la educación de nuestra generación, no en nombre de la pedagogía, no en nombre de la religión, sino en nombre de la situación social. ¿De quién podemos esperar que sepa en qué tiempo vive, y por qué despliega su actividad, sino del educador del pueblo? ¿Y quién lo sospecha menos que esa clase de hombres que empieza en el maestro de escuela y termina en el profesor de universidad? Con frecuencia son—admitimos excepciones—verdaderos idealistas. Se ocupan en cuestiones tan importantes como si Juvenal fué desterrado á Egipto ó á Escocia, ó si Goethe subió en Munich al campanario de San Pedro ó al de Nuestra Señora; pero olvidan por completo que los niños deben vivir en este mundo y para la eternidad. Si logran hacer que el escolar recite los elementos químicos del agua, y el graduando las 33 significaciones del *ápa* salta de alegría su corazón. Pero lo que hacen juntos los alum-

(1) Véase tom. VI, XXI, 2.

nos en los bancos, lo que se enseñan los unos á los otros bajo las ventanas de la escuela; el espíritu de incredulidad, de malhumor, de orgullo de que se impregna la juventud, y ante el cual ni lo divino ni lo humano están en seguridad; los males que la generación que crece á sus ojos y entre sus manos desarrolla en sí misma cada día por modo aterrador, y que tanto peligro ofrece á la sociedad, todo esto no les inquieta en modo alguno. Lamentamos tener que acusar á toda una clase social; y no nos permitiríamos hacerlo por nada, ni siquiera desde el punto de vista de la religión, no obstante verla tratada con tanta injusticia. Pero cuando las necesidades son tan grandes, cuando el peligro llama á la puerta á golpes redoblados, cuando los gritos de auxilio, dirigidos á todos los que están en estado de poder pensar y sentir, resuenan por modo tan apremiante como hoy día en la cuestión social, preciso es hablar seriamente, desde el momento en que esta clase, que tiene el porvenir entre sus manos, procede como si estuviese sorda y ciega. Palabras muy duras son las que vamos á pronunciar, pero no podemos dejar de pronunciarlas: «Si todo se hunde hoy, recae ante todo la culpabilidad sobre la sabiduría de la escuela moderna, y sobre la educación liberal de nuestros días».

14. Formación de la mujer.—Nos referimos en particular á la educación de las jóvenes, ⁽¹⁾ porque aquí es donde quizás el mal ha producido sus mayores estragos, sus mayores destrucciones, y amenazado más gravemente los fundamentos naturales de la vida social.

Gran mal es arrancar á la mujer de su situación natural y arrojarla á la vida pública, en donde, por la fuerza de las cosas, sólo puede representar un papel antinatural y pernicioso. Compréndese fácilmente que, obrando así, no haga otra cosa que degenerar. Sin embargo, este mal no se-

(1) De lo mucho que se ha escrito sobre la cuestión relativa á la mujer nos ofrece copiosa bibliografía el *Handw. der Staatsw.*, (2) III, 1242. Cf. especialmente Rösler, *Die Frauenfrage*; Cathrein, *Die Frauenfrage*; *Staatsl. der Görresg.*, (2), II, 571 y sig.; *Kirchenlexikon*, (2), XII, 1236 y sig.